

ARTHUR SCHOPENHAUER Y LA SOLEDAD

[Arthur Schopenhauer, *Parerga y Paralipómena*. Traducción, introducción y notas de Pilar López de Santa María. Editorial, Trotta, 2006. “Aforismos sobre la sabiduría de la vida”, cap. v, Parénesis y máximas; Referentes a nuestra conducta con nosotros mismos, pp. 436 y ss.]

[...] No hay camino más erróneo para la felicidad que vivir en el gran mundo, llevar una vida disipada (*high life*) pues con él se pretende convertir nuestra miserable existencia en una sucesión de alegría, placer y diversión en la que no puede faltar la decepción; no más de lo que en su obligada compañía puede aparecer el mutuo engaño [*Como nuestro cuerpo en las ropas, está nuestro espíritu encubierto en la mentira. Nuestro hablar y actuar, todo nuestro ser es mentiroso: y sólo a través de esa envoltura se puede a veces adivinar nuestros verdaderos sentimientos, como a través de las ropas, la forma del cuerpo*].

toda sociedad requiere necesariamente una acomodación y moderación recíprocas: por eso será más insulsa cuanto más grande. Cada cual solo puede *ser él mismo* plenamente mientras está solo: así pues, quien no ama la soledad tampoco ama la libertad: pues únicamente cuando uno está solo es libre. La coacción es el vehículo inseparable de toda sociedad, y toda exige sacrificios que resultan tanto más duros cuanto más relevante es la propia individualidad. Por consiguiente, cada uno rehuirá, soportará o amará la soledad en proporción exacta con el valor de su propio yo. Pues en ella siente el miserable toda su miseria, y el gran espíritu, toda su grandeza; en suma, cada uno se siente como lo que es. Además, cuanto más alto se encuentra uno en el escalafón de la naturaleza, más solo está, y ello de forma esencial e irremediable. Pero eso es un beneficio para él si la soledad física se corresponde con la espiritual: en caso contrario, la frecuente vecindad de seres heterogéneos se entremete de forma perturbadora, le roba su propio yo y no tiene más que sucedáneos que darle a cambio. Además, mientras que la naturaleza ha establecido entre los hombres la más amplia diversidad en lo moral y en lo intelectual, la sociedad, estimándola en nada, los iguala a todos o, más bien, pone en lugar de aquella las artificiales distinciones y los niveles de clase y rango, que con gran frecuencia son diametralmente opuestos al escalafón de la naturaleza. En esta ordenación aquellos a los que la naturaleza ha colocado muy abajo se encuentran en muy buen puesto; sin embargo, los pocos a los que colocó en alto se quedan con las ganas; por eso estos suelen retirarse de la sociedad y en ella, en cuanto es numerosa, siempre predomina lo vulgar. Lo que quita a los grandes espíritus el gusto por la sociedad es la igualdad de derechos, por lo tanto, de pretensiones, dentro de una desigualdad de capacidades, por lo tanto, de producciones (sociales) de los otros. La llamada buena sociedad admite toda clase de méritos con la única excepción de los del espíritu: estos son incluso contrabando. Nos obliga a mostrar una paciencia ilimitada con toda necedad, extravagancia, absurdo y torpeza; en cambio, los méritos personales deben mendigar el perdón u ocultarse; pues la superioridad del espíritu ofende por su sola existencia, sin intervención alguna de la voluntad. Por consiguiente, la sociedad a la que se llama buena no solo tiene el inconveniente de ofrecernos hombres que no podemos elogiar ni amar, sino que tampoco permite que nosotros mismos seamos según es adecuado a nuestra naturaleza; antes bien, nos fuerza a encogernos o incluso a desfigurarnos para estar en consonancia con los demás. Discursos y ocurrencias ingeniosos

solo son adecuados ante una sociedad de ingenio: en la sociedad común son directamente odiados; pues para gustar en esta es absolutamente necesario ser vulgar y cerril. De ahí que en una sociedad así tengamos que renunciar a tres cuartas partes de nuestro propio yo con una dura autonegación, a fin de asemejarnos a los demás. A cambio tenemos entonces a los demás: pero cuanto más valor propio tiene uno, más descubrirá que aquí la ganancia no cubre la pérdida y el negocio redunda en perjuicio suyo; porque la gente por lo regular es insolvente, es decir, no tiene en su trato nada que indemnice por el aburrimiento, las molestias y las incomodidades del mismo, ni por la negación de sí mismo que impone: en consecuencia, la mejor sociedad es de tal condición que quien la cambia por la soledad hace un buen negocio. A esto se añade además que la sociedad, para sustituir la auténtica superioridad, es decir, la superioridad espiritual, que ella no soporta y que es difícil de encontrar, ha adoptado a discreción una superioridad falsa, convencional,

basada en principios arbitrarios, que se propaga tradicionalmente entre las clases superiores y es cambiante como las consignas: se trata de lo que se llama *buen tono*, *bon ton*, *fashionableness*. No obstante, cuando alguna vez entra en colisión con la auténtica, muestra su debilidad. – Además, *quand le bon ton arrive, le bon sens se retire*.

Pero nadie puede estar en *completa consonancia* más que consigo mismo; no con sus amigos, ni con su amante: pues las diferencias de la individualidad y de los sentimientos llevan siempre consigo una disonancia, aunque sea pequeña. De ahí que la verdadera paz profunda del corazón y la perfecta tranquilidad del ánimo, ese supremo bien terrenal junto con la salud, sólo se puedan encontrar en la soledad y, en cuanto disposiciones duraderas, sólo en la más profunda vida retirada. Entonces el propio yo es grande y rico, se disfruta del más feliz estado que se pueda encontrar en esta pobre tierra. Incluso, dicho sea con toda franqueza: por muy estrechamente que la amistad, el amor y el matrimonio ligen a los hombres, *con toda sinceridad* al final cada cual sólo se considera unido a sí mismo, y a lo sumo, con sus hijos. – Cuanta menos necesidad tenga uno, por condiciones objetivas o subjetivas, de entrar en contacto con los hombres, tanto mejor le irá. *La soledad* y el desierto le permiten, no sentir todo su mal de una vez, pero sí abarcarlo con la mirada: la sociedad, en cambio, es *insidiosa*: tras la ilusión del entretenimiento, la comunicación, el placer social, etc., esconde un gran mal, con frecuencia irreparable. Una asignatura fundamental de la juventud debería ser la de *aprender a soportar la soledad*; porque ella es una fuente de felicidad, de tranquilidad de ánimo. – De todo esto se sigue que al que le va mejor es al que sólo ha contado consigo mismo y puede ser para sí mismo todo en todo; incluso dice Cicerón: *nemo potest non beatissimus esse, qui est totus aptus ex sese, quique in se uno ponit Omnia* [No puede dejar de ser feliz el que sólo depende de sí mismo y sólo en él lo pone todo]. Además, cuanto más tiene uno en sí mismo, menos pueden ser los demás para él. Un cierto sentimiento de suficiencia es lo que retiene a la gente de valor y riqueza interiores de ofrecer a la compañía ajena los importantes sacrificios que esta exige,

por no hablar de buscarla con notable negación de sí. Lo contrario de eso es lo que hace a la gente corriente tan sociable y acomodaticia: en efecto, para ellos es más fácil soportar a los demás que a sí mismos. A esto se añade que lo que tiene valor real no es apreciado en el mundo y lo que es apreciado no tiene valor. Prueba y consecuencia de ello es la vida retirada de todos los hombres dignos y destacados. Según todo esto, en quien tiene en sí mismo algo justo la auténtica sabiduría de la vida consistirá en restringir sus necesidades cuando sea

preciso con el único fin de defender o ampliar su libertad, y en consecuencia, puesto que le resulta inevitable mantener relaciones con el mundo humano, resarcirse con su propia persona tan pronto como sea posible.

Por otra parte, lo que hace sociables a los hombres es su incapacidad para soportar la soledad y, en esta, a sí mismos. El vacío interior y el hastío son lo que les impulsa tanto a la sociedad como a desplazarse al extranjero y a los viajes. A su espíritu le falta elasticidad para comunicarse su propio movimiento: de ahí que intenten elevarlo con el vino, y por ese camino muchos terminen en el alcoholismo. Precisamente por eso necesitan una constante estimulación externa y, por cierto, la más intensa, es decir, la provocada por seres semejantes a ellos. Sin ella su espíritu se hunde bajo su propio peso y cae en un opresor letargo [*Es sabido que los males se alivian soportándolos en común: entre ellos la gente parece incluir el aburrimiento; por eso se reúnen para aburrirse juntos. Así como el amor a la vida no es en el fondo más que miedo a la muerte, también el impulso social del hombre no es en el fondo directo; en efecto, no se basa en el amor a la sociedad sino en el miedo a la soledad, ya que no se trata tanto de buscar la graciosa presencia del otro como de rehuir el vacío y la angustia de estar solo unto con la monotonía de la propia conciencia; de ahí que para escapar de eso uno se contente incluso con una mala compañía y tolere la incomodidad y la coacción que cualquier sociedad lleva necesariamente consigo. — En cambio, cuando se ha vencido la aversión hacia todo eso y, en consecuencia, ha nacido la costumbre de la soledad y el endurecimiento frente a su impresión inmediata, de modo que ya no produce los efectos antes señalados, entonces uno puede en adelante estar solo con sumo gusto y sin anhelar la compañía, precisamente porque la necesidad de la misma no es directa y, por otra parte, el hombre se ha acostumbrado entonces a las beneficiosas cualidades de la soledad*]. Igualmente se podría decir que cada uno de ellos no es más que una pequeña fracción de la idea

de la humanidad, por lo que necesita mucha contemplación ajena para que de ahí resulte en alguna medida una conciencia humana completa: en cambio, el que es un hombre completo, un hombre *par excellence*, representa una unidad y no una fracción, por lo que tiene suficiente consigo mismo. En este sentido, se puede comparar la sociedad común con aquella música rusa de trompa en la que cada trompa solo tiene una nota y la música no se produce más que en virtud de la concurrencia puntual de todas. Pues monótono como una trompa de un tono es el sentido y el espíritu de la mayoría de los hombres: ya desde fuera muchos de ellos parecen como si no tuvieran nunca más que uno y el mismo pensamiento, incapaces de pensar ninguna otra cosa. Así se explica, pues, no sólo por qué son tan aburridos sino también por qué son tan sociables y lo que más les gusta es marchar como un rebaño: *the gregariousness of mankind* [*el gregarismo del género humano*]. La monotonía de su propio ser es lo que a cada uno de ellos se le hace insoportable: *-omnis stultitia laborat fastidio sui*: solo con algo juntos y en unión, como aquellas trompas. En cambio, el hombre de espíritu es comparable con un virtuoso que ejecuta solo su concierto, o también con el piano. En efecto, así como este es por sí solo una pequeña orquesta, él es un pequeño mundo; y lo que todos aquellos son únicamente en su acción conjunta lo representa él en la unidad de su conciencia. Como el piano, él no es una parte de la sinfonía sino que es apto para el solo y la soledad: si ha de actuar en conjunción con los demás, sólo puede hacerlo como voz principal con acompañamiento, como el piano; o para dar el tono en la música vocal, como el piano. — Entretanto, quien ame la sociedad puede abstraer de esta comparación la regla de que lo que a las personas de su entorno les falta de cualidad ha de ser sustituido de alguna manera por la cantidad. En un solo hombre de espíritu puede él tener entorno suficiente: pero si no se

puede encontrar más que la especie común, entonces es bueno tener mucha cantidad de esta a fin de que de la variedad

y la cooperación resulte algo, - en analogía con la mencionada música de trompa: - y que el cielo le dé paciencia.

Pero aquel vacío interior y aquella indigencia de los hombres se pueden atribuir también a esto: que cuando alguna vez se constituyen en unión hombres de mejor clase buscando un fin noble e ideal, el resultado es casi siempre que, de entre aquella *plebs* de la humanidad que en incontable multitud lo llena y lo cubre todo como sabandijas y siempre está dispuesta a aferrarse a cualquier cosa sin distinción para remediar su aburrimiento, como en otras circunstancias su necesidad, de entre ella, como digo, también ahí se cuelan o se entrometen algunos que enseguida destruyen todo el proyecto, o bien lo alteran de tal forma que se convierte casi en lo contrario de la primera intención. –

Por lo demás, también puede considerarse la sociabilidad como un calentamiento espiritual de los hombres entre sí, semejante al calentamiento corporal que, cuando hace mucho frío, producen apiñándose. Pero el que tiene por sí mismo mucho calor espiritual no necesita tal agrupamiento. La fábula que me inventé en este sentido se encuentra en el segundo volumen de esta obra, en el último capítulo.

[Se refiere a la famosa parábola de los puercoespines: Un grupo de puercoespines se apiñaba en un frío día de invierno para evitar congelarse calentándose mutuamente. Sin embargo, pronto comenzaron a sentir unos las púas de otros, lo cual les hizo volver a alejarse. Cuando la necesidad de calentarse les llevó a acercarse otra vez, se repitió aquel segundo mal; de modo que anduvieron de acá para allá entre ambos sufrimientos hasta que encontraron una distancia mediana en la que pudieran resistir mejor. Así la necesidad de compañía, nacida del vacío y la monotonía del propio interior, impulsa a los hombres a unirse; pero sus muchas cualidades repugnantes y defectos insoportables les vuelven a apartar unos de otros. La distancia intermedia que al final encuentran y en la cual es posible que se mantengan juntos es la cortesía y las buenas costumbres. *Parerga y paralipómena*, II, & 396, p. 690]

De acuerdo con todo esto, la sociabilidad de cada uno está más o menos en proporción inversa a su valor intelectual; y *es muy insociable* significa más o menos *es un hombre de grandes cualidades*.

Al hombre intelectualmente elevado la soledad le brinda una doble ventaja: primero, la de estar consigo mismo; y segundo, la de no estar con los demás. Esta última se apreciará en mucho si se tiene en cuenta cuánta coacción, molestia y hasta peligro llevan consigo todas las relaciones. *Tout notre mal vient de ne pouvoir être seuls* [“Todo nuestro mal proviene de no poder estar solos”, *Los caracteres, capítulo del hombre*], de Labruyère. La *sociabilidad* pertenece a las tendencias más peligrosas y hasta dañinas, ya que nos pone en contacto con seres de los cuales la gran mayoría son moralmente malos e intelectualmente obtusos o equivocados. El insociable es un individuo que no necesita de ellos. Poseer en sí mismo tanto como para no necesitar la sociedad es ya una gran felicidad, por el simple hecho de que casi todos nuestros sufrimientos nacen de la sociedad, y

esta pone en peligro la tranquilidad de ánimo, que tras la salud constituye el elemento más esencial de nuestra felicidad, por lo que no puede perdurar sin una medida considerable de soledad. Para participar en la felicidad de la tranquilidad de ánimo los cínicos renunciaron a toda posesión: el que con el mismo propósito renuncia a la sociedad ha elegido el medio más sabio. Pues tan acertado como bello es lo que dice *Bernardin de St. Pierre: la diète des alimens nous rend la santé du corps, et celle des hommes la tranquillité de l'âme* [la dieta de los alimentos nos proporciona la salud del cuerpo y la de los hombres, la tranquilidad del alma]. Según ello, el que se familiariza tempranamente con la soledad y hasta le toma cariño ha logrado una mina de oro. Pero no todos son capaces de esto. Pues como originariamente la necesidad unió a los hombres, tras la supresión de esta los une el aburrimiento. Si no fuera por ambos, todos permanecerían solos, ya por el simple hecho de que únicamente en la soledad el entorno se corresponde con la importancia exclusiva y hasta el carácter único que cada cual posee a sus propios ojos y que es empequeñecido hasta la nada por la aglomeración mundana, donde a cada paso recibe un doloroso *démenti*. En ese sentido la soledad es incluso el estado natural de cada cual: le vuelve a instalar, como a un primer Adán, en la primigenia felicidad adecuada a su naturaleza.

¡Pero Adán no tuvo padre ni madre! Por eso, en otro sentido, la soledad no es natural al hombre, por cuanto al venir al mundo no se ha encontrado solo sino entre padres y hermanos, es decir, en comunidad. En consecuencia, el amor a la soledad no puede existir como una tendencia primigenia, sino que sólo ha podido surgir como resultado de la experiencia y la reflexión: y ello ocurrirá en función del desarrollo de la propia fuerza espiritual, pero a la vez con el aumento de la edad; según ello, y visto en conjunto, el impulso social de cada cual estará en proporción inversa a su edad. El niño pequeño alza un grito de angustia y lamento tan pronto como lo dejan unos minutos solo. Para el muchacho estar solo es una gran penitencia. Los jóvenes se juntan entre sí con facilidad: únicamente los más nobles y de más elevados sentimientos buscan a veces la soledad: sin embargo, pasar solos todo un día se les hace

todavía duro. Al adulto, en cambio, le resulta fácil: puede estar ya mucho tiempo solo, y más cuanta más edad tiene. El anciano, que ha quedado solo de entre varias generaciones desaparecidas y que además en parte se ha desvinculado de los placeres de la vida y en parte se ha vuelto indiferente a ellos, encuentra en la soledad su elemento propio. Pero en los individuos concretos el aumento de la tendencia al aislamiento y la soledad se presentará en la medida de su valor intelectual. Pues, como se ha dicho, esa tendencia no es puramente natural y suscitada directamente por las necesidades, sino que más bien es un simple efecto de la experiencia habida y de la reflexión sobre ella; en particular, es el resultado de haber llegado a comprender la miserable índole moral e intelectual de la mayoría de los hombres, en la que lo peor es que en los individuos las imperfecciones morales e intelectuales conspiran y trabajan en mutua cooperación, de donde resultan una variedad de fenómenos sumamente repulsivos que hacen desagradable y hasta insoportable el trato con la mayoría de los hombres. Así ocurre que, aunque en este mundo hay muchas cosas malas, lo peor de todo sigue siendo la sociedad; de modo que hasta *Voltaire* el sociable francés, tuvo que decir: *la terre est couverte de gens qui ne méritent pas qu'on leur parle* [“la tierra está cubierta de gente que no merece que se le hable”, *carta al cardenal de Bernis*]. La misma razón ofrece también para esa inclinación el delicado *Petrarca*, que tan intensa y tenazmente amó la soledad:

Cercato ho sempre solitaria vita / (Le rive il sanno, e le campagne, e i boschi), / Per fuggir quest'ingegni storti e loschi, Che la strada del ciel' hanno smarrita ["Siempre he buscado la vida solitaria / Los ríos lo atestiguan, y los campos y los bosques / Para huir de esos espíritus absurdos e inútiles / Que se han cerrado el camino del cielo", *Soneto*]

En el mismo sentido presenta el asunto dentro de su hermoso libro *De vita solitaria*, que parece haber servido de modelo a *Zimmermann* para su famoso libro sobre la soledad [Johann Georg Ritter von Zimmermann, médico y filósofo suizo, residente en Hannover, *Betrachtungen über die Einsamkeit -Consideraciones sobre la soledad-*]. Precisamente ese origen meramente secundario y mediato de la insociabilidad lo expresa Chamfort con su sarcasmo habitual, cuando dice: *on dit quelquefois d'un homme qui vit seul, il n'aime pas la société. C'est souvent comme si on disait d'un homme, qu'il n'aime pas la promenade, sous le prétexte qu'il ne se promène pas volontiers le soir dans la forêt de Bondy* [A veces se dice de un hombre que vive solo, que no le gusta la sociedad. Es más o menos como si se dijera de un hombre que no le gusta pasear, so pretexto de que no se pasea voluntariamente durante la noche por el bosque de Bandy. Chamfort, *Máximas y pensamientos*, cap. IV].

[...]

[*Ningún*] placer les puede ofrecer el trato con seres con los que no tienen más relaciones para fundar una comunidad que a través de lo más bajo e innoble de su propia naturaleza: lo cotidiano, lo trivial y lo vulgar; seres que no son capaces de elevarse a su nivel, por lo que no les queda más opción que descender al de ellos, lo cual se convierte así en su aspiración. Según ello, es un sentimiento aristocrático el que alimenta la tendencia al aislamiento y la soledad. Todos los bribones son sociables, por desgracia: en cambio, que un hombre es de índole más noble se muestra ante todo en que no ve con agrado a los demás sino que cada vez más prefiere la soledad a su sociedad; y poco a poco, con los años, llega a comprender que, descontadas raras excepciones, el mundo no ofrece más elección que entre la soledad y la vulgaridad. [...]

[...]

Por lo que a los grandes espíritus respecta, es muy natural que esos verdaderos educadores de todo el género humano sientan tan poca inclinación a la frecuente compañía de los demás como ganas tiene el pedagogo de mezclarse en el juego de la chiquillería que alborota a su alrededor. Pues ellos, que han venido al mundo para guiarlo en el mar de sus errores hacia la verdad, y elevarlo desde el tenebroso abismo de su barbarie y vulgaridad hacia la luz, al encuentro de la instrucción y el ennoblecimiento, deben ciertamente vivir entre ellos sin pertenecer a ellos; por eso se sienten desde la juventud como seres notablemente distintos de ellos demás, pero solo paulatinamente, con los años, van llegando a un claro conocimiento de la cuestión; entonces se preocupan de que a su distanciamiento espiritual de los demás se añada también el físico, y ninguno puede acercarse a ellos a no ser que esté más o menos exento de la vulgaridad general.

De todo esto resulta, pues, que el amor a la soledad no aparece directamente y como un impulso originario, sino que se desarrolla de forma indirecta, sobre todo en los espíritus

más nobles y sólo paulatinamente, no sin superar el natural instinto de sociabilidad e incluso con una ocasional oposición a la insinuación mefistofélica:

Deja de jugar con tu pesar, / Que como un buitres te devora en vida: / La peor compañía te hace sentir / Que eres un hombre entre hombres

La soledad es la suerte de todos los espíritus destacados: a veces se lamentarán de ella; pero siempre la eligen como el menor de dos males. Mas, según se cumplen años, el *sapere aude* ["*Atrévete a saber*"] se va haciendo cada vez más fácil y natural en ese punto, y a los sesenta años el impulso a la soledad es realmente natural y hasta instintivo. Pues entonces se une todo para favorecerlo. El impulso más fuerte hacia la sociabilidad -el amor de las mujeres y el instinto sexual- deja ya de actuar, e incluso la asexualidad de la vejez sienta las bases de una cierta autosuficiencia que poco a poco absorbe el instinto sexual; uno está de vuelta de mil engaños y

Necesidades; la vida activa ha concluido en su mayor parte, no se tiene nada más que esperar, ya no quedan planes ni propósitos; la generación a la que en verdad se pertenece ha dejado de existir; rodeado de una generación ajena, uno se encuentra ya objetiva y esencialmente solo. El vuelo del tiempo se ha acelerado y uno quiere aprovecharlo aún espiritualmente. Pues con tal de que la mente haya conservado sus fuerzas, los muchos conocimientos y experiencias adquiridos, los pensamientos amasados poco a poco y la destreza práctica de todas las capacidades hacen el estudio de cualquier tipo más interesante y fácil que nunca. Se ven con claridad mil cosas que antes se hallaban como en la niebla: uno llega a resultados y experimenta toda superioridad. Como resultado de una larga experiencia se ha dejado de esperar mucho de los hombres: porque, tomados en su conjunto, no pertenecen a la clase de gente que sale ganando cuando se la conoce de cerca: antes bien, uno sabe que, exceptuando unos pocos casos felices, no encontrará más que ejemplares muy defectuosos de la naturaleza humana que es mejor no tocar. Por eso uno no está ya expuesto a los engaños habituales, enseguida percibe a cada cual en lo que es y raras veces sentirá el deseo de entablar una relación más estrecha con él. Finalmente, sobre todo cuando se reconoce en la soledad una amiga de juventud, el aislamiento y el trato consigo mismo se convierten en costumbre y en una segunda naturaleza. En consecuencia, el amor a la soledad, que antes tuvo que serle arrancado al impulso social, es ahora plenamente natural y simple: uno está en la soledad como pez en el agua. De ahí que a toda individualidad destacada, que en consecuencia es diferente de las demás y se encuentra sola, ese aislamiento esencial a ella le haga sentirse oprimida en la juventud, pero aliviada en la vejez.

Por supuesto, de esa ventaja real de la edad participará cada cual únicamente en la medida de sus fuerzas intelectuales; así pues, la disfrutará sobre todo la cabeza eminente, pero todos en menor grado. Solamente las naturalezas sumamente pobres y vulgares serán en la vejez tan sociables como antes: son molestas para la sociedad, con la que ya no encajan, y

a lo sumo alcanzan a ser toleradas, mientras que antes se las buscaba.

En la relación inversa antes expuesta entre nuestra edad y el grado de nuestra sociabilidad se puede descubrir además un aspecto teleológico. Cuanto más joven es el hombre, más tiene que aprender aún en todos los respectos: la naturaleza le ha remitido a la

lección recíproca que cada cual recibe en el trato con sus semejantes y en relación con la cual la sociedad humana puede ser denominada una gran institución educativa [...]; porque los libros y las escuelas son instituciones artificiales debido a que están alejados de los planes de la naturaleza. Así pues, es conveniente que el hombre visite la institución educativa natural, y con más frecuencia cuanto más joven es.

Nihil est ab omni parte beatum [Nada es perfecto], dice Horacio; y *No hay loto sin tallo*, reza un refrán hindú; y así también la soledad, junto con sus muchas ventajas, tiene sus pequeños inconvenientes y molestias que, no obstante, son exiguos en comparación con los de la sociedad; por eso quien tiene algo justo en sí mismo siempre encontrará más fácil pasarse sin los hombres que con ellos. – Por lo demás, entre aquellos inconvenientes hay uno del que no somos tan fácilmente conscientes como de los demás, a saber: así como cuando permanecemos mucho tiempo seguido en casa nuestro cuerpo se vuelve tan sensible a los influjos exteriores que cualquier airecillo frío lo hace enfermar, con el retiro y la soledad continuada nuestro ánimo se vuelve tan sensible que nos sentimos inquietos, ofendidos o heridos con el más nimio acontecimiento o palabra, o incluso con meros gestos; mientras que quien siempre permanece en el tumulto ni siquiera lo nota.

Pero a aquel al que, sobre todo en los años de juventud, el justificado desagrado con los hombres le ha ahuyentado hacia la soledad, y sin embargo a la larga no es capaz de soportar su vacío, le aconsejo que se acostumbre a llevarse una parte de su soledad a la sociedad, es decir, que aprenda a estar solo en un cierto grado incluso en la sociedad; en consecuencia, a no comunicar inmediatamente a los demás lo que piensa y, por otra parte, a no tomarse al pie de la letra lo que dicen sino, antes bien, no esperar mucho de ello ni moral ni intelectualmente

y, por lo tanto, con respecto a las opiniones ajenas afianzar en sí mismo aquella indiferencia que constituye el medio más seguro para ejercitar siempre una laudable tolerancia. Entonces, aunque en medio de ellos, no se hallará tan plenamente dentro de la sociedad, sino que se comportará hacia ella de manera puramente objetiva: eso le protegerá de un contacto demasiado estrecho con la sociedad y con ello de cualquier contaminación u ofensa. De esa sociabilidad restringida o atrincherada poseemos incluso una descripción dramática, digna de ser leída, en la comedia *El café o la comedia nueva* de Moratín, en concreto en el carácter de don Pedro, sobre todo en las escenas segunda y tercera del primer acto. En este sentido podemos también comparar la sociedad con un fuego al que el prudente se calienta a una distancia adecuada pero no pone la mano en él como el necio, que después de haberse quemado huye hacia el frío de la soledad y se lamenta de que el fuego queme.